

## Sexta Parte

### Sopita de murciélago

Bueno, supondré que al leer este título sabrán lo que se viene. Ya vamos entrando al 2020, y todos saben lo que fue ese año. Imagínense: una persona totalmente activa, con energía, con actividades de “dudosa legalidad”, pasando de repente a estar encerrada... Una yeta terrible la mía, ¿o no?

Durante este primer año pasaron muchas cosas de índole personal. Al seguir siendo cadete, tenía que presentarme al trabajo. Se podría decir que, desde marzo hasta mayo, iba a jugar a la pelota, correr y hacer actividades de mantenimiento en la escuela de cadetes.

Para ponerlos en contexto, este lugar se encontraba a 15 kilómetros de la ciudad, un sitio solo conocido por Dios. De vez en cuando, también tenía guardias nocturnas, y lo bueno de eso era que me daba el permiso de esquivar controles “policiales” de forma justificada.

Por supuesto, las largas guardias de noche hicieron que pasaran cosas divertidas con una compañera. Permítanme describírsela: **ERA UNA OTAKU**. Le gustaba ver *yaoi* (género de anime japonés sobre relaciones homosexuales entre hombres). Imagínense a esa chica rara del secundario con la que no socializarías porque no tienes las herramientas adecuadas para iniciar una buena conversación. Ahora súmenle que tenía problemas de hierro (lo que hacía que se quedara dormida si no hacía nada) y, como remate, su risa: era tan particular como la de un león marino gritando porque le dio un calambre en la aleta.

Durante estas guardias nocturnas, comenzamos a conocernos cada vez más y a abrirnos mutuamente. Era una chica muy simpática. Yo la veía como una niña (tenía dos años menos que yo), pero me daba esa sensación.

Hubo una guardia que ella hizo con otro compañero y, como todos saben, el puterío (chisme) en las fuerzas de seguridad no corre... **VUELA**. Como me llevaba bien con él, me comentó: Mirá que esta chica, le tirás un par de comentarios y arranca. Yo no lo podía creer, porque a ella le había contado un poco por encima sobre mi vida sexual y la conversación había quedado en unos simples *jijis* y *jajas*, nada más. Pero algo debió de haber pasado, porque en la siguiente guardia que tuve con ella, cerca de las 2 a. m., me dijo, en tono de broma: ¿Cuánto me cobrás si te la chupo?

Y yo, entre risas, le respondí:

—A esta hora, gratis.

Literalmente, no había captado la indirecta. Pasaron unos minutos y, luego de tanto mate, me dieron ganas de ir al baño. Cuando salí, la tenía a ella esperándome en la puerta. No saben... Como dijo mi compañero: "**gauchita, gauchita**".

Mientras ella me la comía, yo tenía que estar atento, mirando por la ventana para asegurarme de que: 1) No viniera ningún superior. 2) No viniera nadie de afuera. Obviamente, no pasó nada, pero la adrenalina no faltaba.

Así comenzó mi "cuarentena".

Durante estos primeros meses, utilizaba mucho la excusa de "me voy a la escuela de cadetes" cada vez que me detenía la policía. Y, por supuesto, me iba a hacer tres cosas: si me paraban, iba a la escuela, fingía que me había olvidado algo (cosa de que quedara algún tipo de registro) y luego me iba a la casa de mi compañera.

Obviamente, a ella se lo hacía *pro bono*. Y si ella no podía, me iba a la casa del pelado.

Este pelado... la verdad, luego de esa primera vez, hubo un par más en las que invitó a la mujer. Pero después, empezó a llamarme solo a mí. Se podría decir que fue el único con el que fui pasivo. Tengo que aceptar que me calentaba un poco el morbo. Estaba todo trabado, era de mi altura, tatuado, **peeero** viejo y pelado.

Para la primera vez que fui pasivo con él, seguí todas las instrucciones que me había dado la chica trans. Además, él agarró y sugirió vapear. —¿Para qué? —pregunté.—Es que este tiene THC —me dijo. Y yo, pensando que no pasaba nada, acepté. Resulta que tenía un 80 % de THC. Un porro común tiene entre 15 % y 20 %. Ustedes no saben cómo me dejó... **volando**... en **NARNIA**.

Entre una cosa y otra, me agarró como máquina de coser. Tenía una verga igual que la mía, tan gruesa y larga que literalmente pensé: *ESO NO ENTRA*. Pero estaba tan fumado, y usamos un lubricante tan bueno, que al final se llegó a disfrutar. Me agarró como muñeco de trapo. Era tan musculoso que sacó toda la lista de posiciones del *Kamasutra*, y literal... era mi primera vez siendo **TAN** pasivo. Fue una mezcla de dolor y placer.

¿Por qué dolor? Porque eran posiciones en las que nunca había estado, y se sentían raras. Mi asociación al dolor era la incomodidad ante una nueva posición. ¿Y por qué placer? Porque, al cabo de unos minutos en cada pose, se comenzaba a disfrutar.

Los pongo de nuevo en contexto: yo, 1.75 m y 65 kilos. Él, también 1.75 m, pero casi 100 kilos de puro músculo y tatuajes.

Lo mejor de coger con él no era el sexo, sino el antes y el después. Era un:

¿Qué onda? ¿Cómo estás? Nos poníamos al tanto. Luego: ¿Arrancamos?

Y, al terminar, era un: —Bueno, una limpiadita, comer un postresito y seguir hablando de todo, poniéndonos al día.

En una de esas charlas, me preguntó: ¿Vos tenés algún tipo de ETS?

—No —le respondí—. Justo me había hecho un test un mes antes y todo dio negativo.

A lo que me contestó:

—Yo tampoco. ¿Querés que la siguiente sea sin forro?

Le dije que sí, de una, pero primero quería ver su último test. Me respondió que era la primera vez que alguien se lo pedía. Muy raro. Pero le calentaba tanto que yo fuera flaquito, alto y vergón que, a la semana siguiente, me mandó foto con su análisis completo y limpio (*de paso, con su colesterol y todo el resto, porque le vino todo completo, completo*).

Ahí se filtró su nombre y apellido, y supe bien quién era. No voy a entrar en detalles, pero resultó ser jefe de una empresa de seguridad. Eso explicó sus casas, sus camionetas... todo. Y así arrancamos. Luego de eso, sentí la diferencia entre hacerlo con o sin forro.

Se podría decir que varias veces me llamaba solo para hablar o disparar con arco (yo tenía un arco de 40 libras). Él no *flasheó* relación ni nada, pero era piola compartir momentos con él.

Ya pasando el año, avanzando hasta mayo, y antes de que nos movieran de la policía al servicio penitenciario, comencé a ir a clases particulares con una mujer de nacionalidad extranjera, amiga de mi madre (*pongo esto así porque me pidió que no diera detalles sobre ella, y es la única de esa nacionalidad en este pueblo*). Desde el primer momento hubo un excelente *feeling*, que hasta el día de hoy sigue.

Ella era muy sana, vegetariana, de humor picante y, lo mejor de todo, hacía yoga. Y ustedes no saben cómo me calientan los pantalones ajustados, ya sean calzas o *leggings*, y más cuando hacen yoga.

Esto fue muy *zís zas*. Literal, el primer palo que tiré fue cuando me junté con ella, sin motivo de clase particular, para ver una película (*El Señor de los Anillos*, versión extendida). Entre pausa y pausa, dijo:

—Bueno, este es el momento de estirar un poco. Sacó la alfombra de yoga y me preguntó: —¿Hacés vos? (refiriéndose al yoga) —Ni idea, nunca hice —respondí.

Me explicó un poco para que lo intentara y, tontamente, fingí que no la entendía (*era muy simple, solo tenía que acostarme con los brazos hacia adelante*).

Me lo definió como “gato al piso”, así que le pedí que lo hiciera ella para mostrármelo. Y lo hizo. Ustedes no saben cómo **NO ME RESISTÍ**.

Apenas sacó el culo hacia mí, la agarré un poco más arriba de la cintura y le dije: —Esta es mejor para hacer otro tipo de *gaterío*. A lo que me reviró: —A ver, ¿cómo cuál?

Obviamente, primero la comencé a tocar por encima. No hice nada hasta que no vi que el *leggings* estuviera bien mojado. Y bueno, para qué darles tantas vueltas... ya saben: **una cogida riquísima**, loca como me encantan.

Después llegaron las empanadas y seguimos viendo *El Señor de los Anillos*.

De entre todas las veces que cogimos, hubo una en la que mi padre tenía que buscarme porque “estaba teniendo clases particulares”. Cuando subí al auto, se me cayó del bolsillo una bala vibradora rosa.

Mi viejo puso cara de *hmmm*, lo miré, le respondí: —Eh...Y levanté las dos cejitas dos veces.

Y así se me fue pasando el 2020, por suerte.